

Charlas en la cocina

Leticia E. Santa María Gallegos

No hubiera querido hacerlo. Es más, al enterarme del embarazo, ingenuamente —cómo no había de serlo a los catorce años—, tuve un chispazo de esperanza en que mi fracaso anterior quedaría enmendado. Qué bruta fui, ¿verdad? Mira que pensar que a un hombre le cambia el corazón y se entenece al saber que será padre.

Lo conocí un año antes de aquella experiencia. Era una tarde bastante calurosa y demasiado avanzada como para no haber probado bocado en todo el día. Había recorrido un buen número de tiendas y puestecillos de dulces sin conseguir la venta de una mísera bolsa de pulpas. Entonces llegué a la suya.

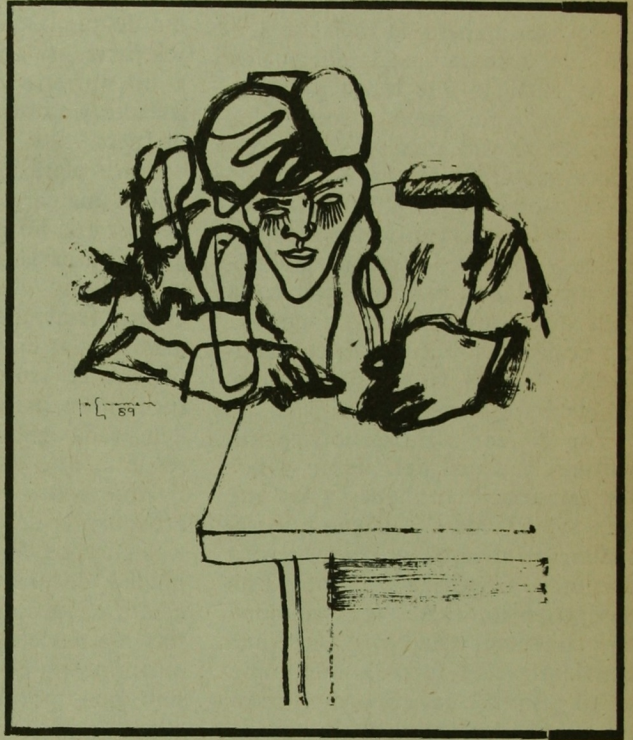
No tenía cliente cuando me acerqué, lo que le dio oportunidad de mirarme como si en lugar de ofrecerle los dulces, me estuviera ofreciendo yo. Fue atento y, ante mi insistencia en que me comprara por lo menos una, me prometió comprar todas si aceptaba pasar. El cansancio me impidió negarme, además era un muchacho muy agradable por el físico y por el trato.

Acomodó un banquito cerca del mostrador, de modo que los compradores no alcanzaban a verme. Platícamos un buen rato, en el que aproveché para comer todo cuanto me ofreció, pues le dije que tenía hambre. Me dijo que vivía en la parte posterior de la tienda desde hacía un par de años. Me preguntó si era casada y supo que sólo había perdido la posibilidad de casarme y de blanco allá en mi pueblo.

Mientras, no dejaba de despachar. Atendía un cliente de queso y luego se acercaba a decirme que era muy bonita, después a uno de refrescos y se volvía a que le hablara de cómo me sentía en el Distrito después de vivir en la sierra de Puebla con mi familia. En una de esas se acercó mucho y me besó.

En una mezcla de miedo, pena y deseo, no me negué a eso, ni a lo que vino después. Cerró la cortina, pasamos a la bodega y no salí sino hasta cuando la luz del sol había desaparecido por completo. Por primera ocasión, después de un buen tiempo, me olvidé de los reproches de mi familia, los desprecios del que me engañó, de mi ignorancia y de la venta de las pulpas.

Al despedirme, me pidió que volviera la semana siguiente. Así lo hice, muy puntual estaba ahí. Pronto fui aumentando la frecuencia de las visitas. Creo que me convertí en su pareja, aunque él jamás se interesó por conocer a la parienta con quien vivía. Pero me



sentía bien, acompañada a pesar de todo y con la posibilidad de adquirir alimento cuando las ventas no eran suficientes.

Después de tanto movimiento el resultado se hizo ver. Tuve que decirle que me había embarazado y le pregunté si se casaría entonces conmigo. Ni siquiera sé por qué me atreví a pedírselo, jamás hablamos algo al respecto anteriormente. Su respuesta, claro, fue negativa y yo me asusté, pero trató de calmarme con un montón de explicaciones que ni en ese momento ni ahora entiendo. Sin embargo, me convenció. A la semana ya estaba tendida en esa plancha, con las piernas abiertas, llena de vergüenza y pánico, triste, muy triste.

Ese día no llegué a casa, la pasé con él todo el tiempo. Casi no hablamos, aunque me pidió que no dejara de verlo. Seguía interesado en mí, de otro modo no hubiera pagado el aborto, simplemente me hubiera botado. Pero su interés no iba más allá de mi cuerpo, cuando el mío también consideraba el nombre, y preferí no volver. El paso que me obligó a dar me hizo odiarlo; pero esta vez no habían existido mentiras y era la única salida. 